

DOMINGO TAVARONE¹

Las voces me llegan

Las voces me llegan,
de noche.
Habitan el otro lado de la luna
y de allí
descienden al encuentro.

Nadie los ha visto jamás,
pero sus timbres de plata o de plomo
recorren los parajes,
recalan en viejos puertos
y retoman diálogos inconclusos
en tiempos
que no pueden medir las jornadas.

¿Por qué habré de ser yo menos ilusión?
Su barba es certera como entonces.
La gravedad de Alfredo sigue explicando
la tartamuda lengua de la pobreza
y el rigor de las fórmulas eternas.
Y también otra voz, la suya,
la del final,
la del desgarro al vacío insoportable.

¹ Educador, lingüista e investigador argentino de amplia y destacada trayectoria docente en distintos niveles y modalidades. Actualmente trabaja en la compilación de los escritos de Julio Balderrama.

Su mano cordial conserva la tibieza de los días.
 La levedad de David, o frate, recita
 aoristos de Homero y espíritus ásperos
 y, en los ocasos,
 la temblorosa suavidad de la plegaria
 transportada en su aliento
 a la casa que habría de morar,
 a la morada que habremos de habitar.

Su insólita luz no ha dejado,
 por eso,
 de alumbrar los pliegues de las rocas.
*Tu se' lo mio maestro e il mio autore:
 O degli altri poeti onore e lume, Julio.*
 Por su arena cascada de tabaco
 desciende Ungaretti *traffitto da sole*,
 y otra lengua del mar, y otras,
 oscuras como la distancia insondable.
 Auriga de la babel,
 intérprete de la torre.
 Como en el universo de los dones,
 cosmos y cosmogonías,
 enciclopedias y atlas,
 el Oriente y el Occidente
 fatiga incansable, pero con báculo preciso.

En un lugar, lo sé Ricardo,
 que no nombran el allí, el ahora y el tú,
 el yo mismo, el acá y el entonces,
 nos reunimos los habitantes de esta cara
 y los viajeros de la otra,
 precursores de la huella,
 que será de todos.

Conjugados
 en un instante que es después y aun el antes,
 en un yo que es tú y aun los otros,
 en un voy que es estoy y aun el soy,
 en un afuera que es adentro y aun el centro,

compartimos la mesa redonda,
mano con mano,
la palabra primera,
el nombre exacto,
la forma perfecta,
sin anillos que nos circunden,
sin caras que nos separen.

A ver

A ver,
¿qué otra cosa es la vida
sino un par de preguntas
siempre por responder?

Por ejemplo,
si yo preguntara
por el número, el peso y la medida,
habría la respuesta
del orden, el silencio y la palabra.

Pero si yo preguntara,
por ejemplo,
cuál ha de ser el ritmo, la respiración exacta
que me ha de llevar, como así,
de uno a otro destino,
no habría sol arrojando luz en la caverna.

A ver,
por ejemplo si yo preguntara
dónde estás ahora, Tito,
¿alguna mano me señalaría tu puerto?
¿Acaso alguien sabe
cuál es el remanso de las yods,
en qué se fatigan en este instante
los obreros de las metátesis?
En ese tiempo, el tuyo,

¿cuál es el sendero que fatigan
los armadores de desinencias?

Ahora podríamos, por ejemplo,
caminar por esta playa
(como aquella vez)
y convocar al arcipreste, a la Grand Estoria,
mirar con desdén al pobre hombre
que pretende domeñar el tiempo
con los oficios de la vieja maestra en fazer virgos.

O podríamos, por ejemplo,
retomar el diálogo quebrado
aquella mañana de otoño
en que un carreteo de hélices
se llevó esos ojos azules
sin palabra que orientara
por qué
para qué
hasta cuándo
esperamos regreso
papá.

A ver,
por ejemplo si yo preguntara
cómo se han unido los puntos
de tu figura
y preguntara
si resultaste flor o conejo,
¿quién sino vos
podría dar el nombre?

¿O sabíamos esa mañana de otoño
que no seríamos ya peatones
entre las hojas crujientes de Donado,
que estabas dibujando el tridente
ante esos ojos azules?

A ver,
¿qué otra cosa es la vida
sino el tránsito de cada segmento,
del aquí al allá,
con el orden y el cierre
que sólo puede develar
ese ritmo y esa respiración exacta
que, como así,
nos lleva de un destino
al otro?



© Gerardo Piña Rosales